



JUAN BOSCO CASTILLA
EL FARERO

¿Y SI TODO ESTABA PLANEADO?

Huyendo de una experiencia traumática, un funcionario pide ser destinado como secretario al Ayuntamiento de Yermo, un pequeño pueblo del interior de España. Nada más llegar, unos extraños sucesos lo ponen ante una terrible evidencia: su antecesor en el cargo previó su propio asesinato y tejió un plan perfecto para comprobar si su sucesor merecía acceder al excepcional conocimiento que lo llevó a él hasta la tumba de una forma atroz. Ante la mirada expectante de unos enemigos imprecisos, el nuevo secretario se ve fatalmente arrastrado a vivir la misma vida que su antecesor –amores incluidos– y, quizá, a tener su mismo fin. El farero es un apasionante *thriller* psicológico, una novela de erotismo y misterio en la que los personajes, especialmente los femeninos, quedan perfectamente descritos por el ágil e intenso discurso de la narración. El amor, la pasión, el rencor, la envidia y la ambición se manifiestan con violencia en el alma de los protagonistas, hombres y mujeres contemporáneos que actúan bajo el influjo de una personalidad excepcional cuyo dueño nunca está presente e impulsados por el afán de mitigar su propia soledad.

Índice de contenido

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Sobre el autor

Para Carmen María,
que estaba cerca y me acompañaba.

Capítulo I

En el concurso de méritos había solicitado el pueblo más recóndito, la periferia de la periferia, que se dijo, tras buscar en el mapa de carreteras una provincia sin costa alejada de Madrid y, en esa provincia, el lugar más apartado y con peores accesos. De entre los varios destinos posibles, escogió uno al que solo se podía llegar por una carretera de tercer orden, situado al pie de unas montañas no muy altas y desconocidas.

La periferia de la periferia resultó ser Yermo (hasta el nombre prometía el sosiego que necesitaba). No indagó sobre el pueblo ni quiso saber nada sobre su Ayuntamiento. Aguardó leyendo y mirando por la ventana a que se publicara la resolución en el boletín y, finalmente, en noviembre, se encaminó hacia su destino totalmente solo, cargado de pesadumbre pero con la idea de que era posible huir de uno mismo yéndose lejos y dejando hacer al olvido.

Pasó la primera noche en Ludión, el pueblo cabecera de comarca, y salió para Yermo a la mañana siguiente, después de cruzar unas cuantas palabras con el recepcionista del hotel en las que aún estaba pensando cuando, al pasar una curva, se encontró con las primeras casas del pueblo. «Yermo. Municipio de Europa», decía a la entrada un cartel colocado junto a la cuneta. Y veinte metros más adelante, rezaba otro, algo herrumbroso en los bordes: «Yermo. Hermanado con Beguelle (Francia)».

En la plaza, quieto junto al coche, observó la gran puerta de la casa consistorial y recordó la conversación que había mantenido media hora antes:

–Mataron a dos hombres: primero a uno y, al cabo de varios días, a otro. El asesino o los asesinos sabían a quién mataban y por qué. Por algo relacionado con el Ayuntamiento. Yo creo que muchos vecinos del pueblo saben más de lo que dicen, pero callan, unos por miedo y otros, quizá, porque son cómplices –le había dicho el recepcionista.

–¿Por qué dice que relacionado con el Ayuntamiento?

–Hubo un gran movimiento de forasteros por entonces. Se alojaban en Ludión, pero iban a Yermo para tratar asuntos con los grupos políticos de allí. Asuntos extraños. O secretos, diría mejor. Lo único claro es que en el centro de todas las habladurías estaba el secretario del Ayuntamiento.

–¿El secretario?

–Fue el primero en morir. No decían su nombre, decían el secretario, el secretario, con miedo, incluso después de que su cuerpo apareciera en el corral de una zahúrda con las manos atadas y medio comido por los cerdos. Tuvo que ser una muerte lenta y de mucho sufrimiento: quizá estaba vivo todavía cuando se lo echaron a los animales. Y yo pienso que, si estaba vivo, sus asesinos se aseguraron de su muerte asomados por la tapia de la zahúrda. Ya ve qué situación más horrible. Y si lo pienso yo, lo pensarán también todos los vecinos de Yermo.

«Tal vez debí informarme antes de pedir destino», se dijo, y para borrar la imagen macabra que le ocasionaban aquellos pensamientos, recobró a conciencia el sinsabor que traía de su casa y echó a andar resueltamente.

–Me llamo Enrique Montes.

Había esperado de pie en el pequeño recibidor desde el que parecían distribuirse las distintas dependencias a que terminarían dos hombres que consultaban un plano

sobre el mostrador. En las oficinas solo había dos mujeres, ambas de unos treinta años, que habían dejado el esmero de su trabajo para mirarlo. Como su nombre no les decía nada, añadió:

–Me han nombrado secretario de este Ayuntamiento.

Entonces, las administrativas se levantaron sonrientes y fueron a su encuentro. Enrique, que estaba cerca del hueco del mostrador, se metió en el recinto donde trabajaban y, tras dudar un instante entre darles la mano o besarlas, le dio dos besos a cada una de ellas. «Vamos a ser compañeros durante mucho tiempo», dijo inseguro, como si los besos fueran a cuenta de una relación que prometía ser más estrecha.

–No sabíamos que ibas a venir hoy –se excusó la que dijo llamarse Eladia. Tenía una melena corta volcada a un lado. Aquel día se había puesto unos pantalones vaqueros y un jersey de color azul claro, por el que asomaba el cuello ondulado de una camisa rosa.

La otra se llamaba Rosario. Era más gruesa, más alta y parecía menos viva. Detrás de las gafas se le veían unos ojos grandes y negros que solo a veces apuntaban a los de su interlocutor.

Tras los saludos, quedaron los tres en un silencio embarazoso, que Enrique quiso romper con varias expresiones de cortesía. Después, para seguirle la corriente y como gesto amable, Eladia pensó decirle has caído en buen sitio, este pueblo es tranquilo, pero algo la traicionó en el camino que lleva las ideas del pensamiento a los labios y dijo: «Has caído en buen sitio. Este es un pueblo pequeño». Y luego, como para recomponer su idea inicial, añadió: «Estarás al corriente de algunas cosas». Aunque Enrique supuso enseguida que se refería a lo ocurrido con el secretario anterior, como no había sido muy explícita, creyó prudente no darse por enterado.

–Pedí este pueblo por puro azar, o quizá porque el nombre sonaba bien. No recuerdo. Por aquel entonces to-

do me daba igual, y ahora prácticamente no sé nada de él.

No podía decirse que hubiera mentido, pues en cierto modo así habían sucedido los hechos. Además, para explicar la verdad debía meterse en honduras que no venían al caso. La improvisada contestación le daba, por otra parte, cierto halo de abandono fatal que hacía más misterioso y atractivo su pasado.

—Llegué ayer por la tarde, pero me tuve que ir a Ludión porque después de dar una vuelta por el pueblo no encontré dónde quedarme. Es más —continuó, aguijoneando un poco el ambiente para estimular la confianza—, percibí en el vecindario cierta aversión contra los forasteros: en un bar de la plaza unos hombres me contestaron de mala gana y en la calle unas señoras se quedaron mudas al verme y me miraron mal.

Eladia, evidentemente a la defensiva, encogió ligeramente los hombros.

—Puede ser. Aquí estamos muy lejos de todas partes y somos un poco especiales —contestó, sin querer continuar por el camino que se le trazaba.

Enrique, que había captado el cambio de actitud, creyó grosero ponerla tan pronto en el compromiso de contarle la historia que había permanecido latente en la conversación desde el principio.

—¿Quién lleva la secretaría? —preguntó.

—Yo —contestó Eladia—. Aunque lo cierto es que las dos nos hemos limitado a sacar el trabajo diario.

De las pocas palabras que cruzó con Eladia y Rosario, Enrique pudo extraer dos conclusiones: la primera, que aquellas mujeres llevaban algún tiempo deseando que se cubriera la secretaría. La segunda, que continuamente sería comparado con su antecesor en el cargo, cuyo prestigio era muy alto entre los trabajadores del Ayuntamiento.

Su despacho estaba justo al lado, dando a las oficinas generales. No había en él nada especial, excepto una fotografía enorme colgada en la pared tras la silla giratoria

del puesto de trabajo, que recogía en primer plano un faro octogonal y oscuro en medio del mar, rodeado por un colosal anillo de agua y espuma. Aparentemente, la foto había sido tomada en el instante anterior al de la desaparición del faro, que sería engullido de un sorbo por el mar endemoniado. En la puerta del faro, en el lado contrario al avance de la gigantesca ola, un hombre miraba al fotógrafo (al que debía imaginarse a bordo de un helicóptero) con las manos en los bolsillos, confiado en la resistencia de la construcción o, más probablemente, ya resignado a su muerte. En la base de la fotografía había escrito: *JEAN GUICHARD.PHARES DANS LA TEMPETE-LA JUMENT.*

Enrique se quedó mirando la fotografía, sobrecogido. Aquella imagen era el punto hacia el que se iba la mirada nada más entrar en el despacho, y, en la fotografía, la atención se dirigía irremisiblemente hacia aquel hombre que se mantenía imperturbable ante lo extremo de sus circunstancias, las manos metidas en los bolsillos, ajeno al destino final que se le avecinaba sin remedio. Cualquier vecino que se hubiera sentado en el lugar de las visitas habría visto al secretario anterior con el fondo de aquella fotografía impresionante. Y lo habría visto el alcalde, y los concejales, y sus compañeros. Y cualquiera, seguramente, habría asociado al secretario con el farero y, de ese modo, habría percibido en el hombre que tenía ante sí la suficiencia desdeñosa del que aparecía en la foto, su humildad y su insolencia, su comedimiento, su valentía, su gravedad y su elegancia inquietante. Cualquiera, frente al secretario que había ocupado su puesto, se habría sentido encogido, en fin, y, a poco que el secretario se comportara de un modo natural, se habría ido de aquel despacho respetándolo a él y respetando el cargo que representaba.

Sentarse en la silla del secretario, delante de aquel póster, tenía su trascendencia, su peso. Cuando Enrique lo hizo, percibió a sus espaldas la mirada del farero y una

fuerza que lo respaldaba. Y se acordó del secretario anterior, cuyo cuerpo había aparecido con las manos atadas y comido por una piara de cerdos.

De hecho, en aquel despacho se percibía de una forma extraña la memoria de lo acaecido, como si las cosas se hubieran impregnado de los recuerdos del muerto y quisieran hablar. Enrique se daba cuenta de que, en realidad, eran imaginaciones suyas, pero lo imaginado existe dentro de uno mismo e influye sobre lo que nos pasa con una potencia similar a la del frío o la del fuego. Solo en aquel despacho, solo en aquel pueblo medio perdido y totalmente solo en la vida, las cosas que lo rodeaban parecían tan dotadas de alma como la mirada del farero, que ahora lo acompañaba y lo protegía.

Fue el miedo a los pensamientos el que lo devolvió al trajín de lo cotidiano. Antes de nada, debía componer el acta de su toma de posesión del cargo. Encendió el ordenador e intentó redactarla directamente, pero a la primera duda se detuvo y pensó si no sería más cómodo y más fiable seguir un modelo. En las estanterías de enfrente resaltaban, entre varias decenas de libros, los cuatro volúmenes y el índice de los formularios de Chacón Ortega. Como había hecho muchas veces en su trabajo anterior, fue a consultarlos. Buscó en el índice durante alrededor de un minuto y, cuando iba a cerrarlo, convencido de que la simpleza de un acta como aquella no había merecido la atención del autor, reparó en que entre las hojas del cuaderno había un folio suelto con unos cuantos renglones escritos a mano. Como eran pocos, los leyó. Decía:

Del secretario a punto de morir a su sustituto: descubre el original y utilízalo, pero no lo des a conocer si no quieres acabar como yo: mientras no lo hice público, todo marchó bien.

Para obtenerlo deberás descifrar las claves que te he dejado escondidas. El tiempo que necesites dedícalo también a pensar si vale la pena correr el ries-

go. Mientras menos sepas, más a salvo estarás. (Y recuerda que ya sabes algo).

¿Qué era aquello? Parecía un mensaje del secretario anterior dirigido a él. Lo leyó otra vez, una vez más, muchas veces, ya sin darse cuenta de lo que leía, hasta que un ruido detrás de la puerta lo sacó de golpe del ensimismamiento. Entonces, dobló presurosamente el papel y se lo guardó en el bolsillo de la camisa. Había recobrado la lucidez y, ahora, las palabras del escrito mostraban con toda rotundidad su significado: en aquel despacho, sentado donde ahora estaba él, un hombre, gravemente amenazado y en la soledad más extrema, había escrito un mensaje que era una declaración, una invitación y una advertencia. Lo había dirigido a la persona que debía sustituirlo, la única que podía entenderlo aunque fuera un desconocido, y había utilizado como medio para hacérselo llegar el libro que tarde o temprano utilizaría el nuevo secretario, y solo él, el índice de los formularios de Chacón Ortega.

Ya tenía hilvanada esa conclusión y la andaba rumiando, cuando dieron unos golpecitos en la puerta. Era Eladia. Con ella iba un hombre alto y delgado, de hombros estrechos y ostensiblemente caídos, que rondaría los cuarenta años y se movía lentamente, como con un punto de ingravidez. Su semblante, medio velado por una barba corta, negra y rala, era sobrio a fuerza de inexpresivo, casi circunspecto, lo que le daba mayor protagonismo a su mirada, que resultaba intensamente turbadora, por lo decidida y porque parecía venir de muy lejos, como desde algún escrutador pensamiento.

—Tomás, el alcalde de Yermo —dijo Eladia.

Enrique se levantó y le dio la vuelta a la mesa para estrecharle la mano de frente.

—Me ha dicho Eladia que no conocías el pueblo. Bueno, no vas a necesitar mucho tiempo. Somos pocos, cada vez menos, y no es difícil conocernos uno a uno —dijo el al-

calde esforzándose por darle a su rostro una expresión afable, que solo consiguió a medias.

–Había oído vagamente hablar de la zona, nada más, y me daba igual un sitio que otro –contestó Enrique, al que había impresionado el gran tamaño de la mano que acababa de estrechar.

Eladia se excusó y salió del despacho cerrando la puerta tras de sí. El alcalde hizo una señal a Enrique invitándolo a sentarse en el sillón del secretario y él se acomodó en uno de los destinados a las visitas.

–Voy a ser sincero –dijo enseguida el alcalde–. No sé si sabes lo que le pasó a Alonso, el secretario anterior.

–Ayer oí algo en Ludión.

–¿Sabes cómo acabó?

–Si he de atender a lo que me dijeron, de la peor manera posible –contestó Enrique.

–Fue una desgracia para el vecindario –y el alcalde hizo una pausa para negar con la cabeza y desviar la vista de los ojos de Enrique–. Desde entonces los vecinos del pueblo no somos los mismos –continuó, con el gesto torcido y la mirada de vuelta a su interlocutor–, eso se palpa en la calle a poca sensibilidad que se tenga. Solo espero que esa marca no entorpezca tu trabajo ni te afecte personalmente. Como está de complicada la vida administrativa, y con el peso que tiene el Ayuntamiento en todas las actividades del pueblo, la labor de alguien que entienda de leyes y procedimientos es de todo punto esencial.

Enrique agradeció con un gesto de asentimiento la valoración que se hacía de su puesto de trabajo.

–Aquí no se vive mal –continuó el alcalde–. Después de lo pasado, parece obsceno decirlo, pero este es un pueblo tranquilo, traumatizado, pero tranquilo. ¿Eres de pueblo o de ciudad?

–De pueblo, aunque de uno mayor que este.

–¿Estás casado, tienes pareja?

–Vivo solo, y todas mis pertenencias están en el coche.

El alcalde movió ligeramente la cabeza, como si asintiera, pero en realidad estaba preparando la siguiente pregunta.

—¿No habrás pensado vivir en Ludión? —dijo echándose un poco adelante.

Enrique captó el reproche que se avecinaba: en los pueblos pequeños, cada habitante es una figura singular en el belén, un consumidor constante, una compañía en las calles y en la noche, un importante número en las estadísticas que maneja el Gobierno para hacer las transferencias de fondos al Ayuntamiento.

—No —aseguró—. No he pensado nada. Yo preferiría vivir aquí. ¿Será difícil encontrar una vivienda de alquiler?

El alcalde volvió a apoyarse en el respaldo del sillón y sonrió abiertamente.

—No hace falta —dijo—. Si quieres, todavía está libre el piso de los maestros que usó Alonso. No es muy bueno. Es un bloque antiguo y los pisos son muy pequeños. Excepto dos que están a disposición de los maestros, los demás son ocupados por quien los necesite, pagando un mínimo alquiler, claro. El caso es que siempre hay alguno vacío. A veces, varios. Desde hace por lo menos cinco años nadie del pueblo ha alquilado uno. Hasta puedes tenerlo amueblado por el mismo precio. Los muebles de Alonso están todavía allí. Nadie ha venido a llevárselos, y después de tantos meses supongo que ya nadie vendrá a por ellos.

Durante unos segundos, el alcalde permaneció en silencio con los ojos entornados, la mirada como vuelta hacia sus adentros. Era evidente que estaba recordando algo doloroso y Enrique respetó el silencio.

—Cuando murió, nos percatamos de que no sabíamos nada de él —continuó el alcalde—. Había nacido en una ciudad y se apellidaba García, fíjate qué datos. No sé cuánto tardaron en localizar a alguien de su familia, a un primo hermano, finalmente, el pariente más cercano que le quedaba. El primo metió en el coche algunas cosas del difun-

to y, tras prometer a Jacinto, el representante de la funeraria, que en tres días le mandaría un giro con el coste de la lápida, se fue por donde había venido y hasta hoy. Jacinto, que se olió algo extraño, no quiso hacer el encargo mientras el dinero no estuviera en su bolsillo. Así que el nicho está todavía sin lápida y con el nombre del cadáver arañado sobre el yeso fresco por el dedo analfabeto del enterrador. «Don Halonso Garcia», dice, con don, sin tilde y con hache.

–Deduzco que tú no eras el alcalde entonces.

–No, ni concejal tampoco. Esta corporación es totalmente nueva.

El alcalde se acarició la barba con la mano derecha y prosiguió:

–En el piso están sus muebles: la cama, la lavadora, el frigorífico, la cocina, el sofá, los sillones, la mesa y hasta el ordenador. Casi todo. Nada debe ser muy bueno cuando no ha venido el primo a llevárselo, pero ahí están, y si te vas a quedar con el piso mejor será que te quedes también con los muebles, porque a ver qué hacemos nosotros con ellos.

Luego, el alcalde dijo de tomarse un café y Enrique, aunque no era cafetero y hacía poco que se había tomado uno, creyó que las leyes de la cortesía lo obligaban a aceptar. «Vale, pero café no, que ya me he tomado uno y me afecta mucho», dijo mientras se levantaba, sonriente. El alcalde lo esperó de pie a que le diera la vuelta a la mesa y le dio una palmadita en el hombro antes de cruzar la puerta del despacho. «Pues entonces una copita», lo animó. «Hoy lo dedicamos a las presentaciones y mañana empiezas».

En el bar, hablaron primero del Ayuntamiento y del pueblo, pero enseguida el alcalde derivó la conversación hacia temas de política nacional. Enrique, que estaba obligado a guardar la máxima imparcialidad en su trabajo, había aprendido a llevar esa razón del oficio a su trato con

los ediles e, incluso, a cualquier relación mantenida en el estrecho ámbito del vecindario donde trabajaba, y para no molestar ni al alcalde ni a la oposición y, por ende, en beneficio propio, se limitó a escuchar razones del alcalde con la atención e indiferencia de quien cumple obligaciones de urbanidad. El alcalde parecía un hombre sano e inteligente, bastante moderado en sus apreciaciones, que paraba la conversación para saludar a los que entraban en el bar o meterse en la disputa que sobre un partido de fútbol televisado el día anterior tenían algunos parroquianos y el camarero. Enrique, agradecido por la naturalidad con que se le estaba tratando, y deseoso de que por un secreto compartido mediara mayor intimidad entre él y otra persona, estuvo tentado de contar lo que había descubierto en el índice de los formularios de Chacón, y si no lo hizo solo fue porque el impulso le vino cuando más inoportuna era la interrupción que debía hacer en el discurso del alcalde.

—Me tengo que ir —dijo este de pronto, sin otra información ni otro reloj que la llamada de una intuición repentina.

Sacó la cartera y pagó lo de ellos y lo de otros que estaban al lado y se fue tras repartir entre algunos parroquianos varias palmaditas en el hombro. Enrique se quedó como desvalido, con una copa en la mano, la segunda, llena de anís hasta los bordes y la impresión de vacío del que ha hecho una confidencia a un desconocido al que nunca volverá a ver. En cuanto el alcalde cruzó la puerta, alguien dijo en voz alta, para que lo oyeran todos: «Se creerá que porque me invite voy a dejar de pensar que es un hijo de puta». Quienes estuvieran en desacuerdo, si los hubo, se callaron. Enrique se tomó media copa de un sorbo y, tras farfullar una fórmula de saludo a un grupito cercano, salió del bar entornando los ojos para defenderlos del reflejo que el sol producía al estrellar sus rayos sobre las blancas fachadas de las casas.